

LAS ESFERAS

Antes del tiempo que conocemos, vivían en un maravilloso país, innumerables esferas transparentes como cristal, puras como agua de vertiente, perfectas y llenas de Sabiduría. Su única tarea consistía en reflejar en sus cuerpos transparentes los colores del Sol-Rey. Y cada una de ellas, lo hacía a su modo. Y resulta que cada color era también una nota musical, de modo que se escuchaba una Música Real. Era la más bella sinfonía de sonidos y colores que se pueda imaginar.

Un día la más bonita de todas las esferas vio su imagen en el gran espejo de las Aguas. Y quedó mirándose, contemplándose. Entonces ella escuchó su propio canto, admirándose de ella misma, escuchándose a sí misma. A partir de ese momento dejó de irradiar y de cantar para la Gloria del Sol-Rey, para poder así contemplarse a sí misma y adorarse a sí misma, más aún.

Y cuando ella más se contemplaba, más gustaba de sí misma, de modo que la transparencia de los contornos de la esfera se turbaba, hasta oscurecerla poco a poco. Y luego se volvió dura, pesada, oscura, y se olvidó de cantar. De modo que, a poco, ni recordaba más si existía el Rey-Sol.

Millares de sus hermanas, infelizmente la habían imitado.

Cuando ellas se vieron completamente solas, viéndose en la oscuridad y en el miedo, lloraron, lloraron mucho. Sus lágrimas eran como pequeñitas esferas de cristal, muy puras, muy finas que al caer se partieron, provocando un lamento, un grito, cuyo eco llegó hasta el Sol-Rey. Cuando Él oyó aquella melodía melancólica, el Sol-Rey envió a sus mejores servidores para que las lleven de vuelta a Casa, a sus hijas las esferas.

Los servidores descendieron hasta el país del miedo y de la noche. Con amor y paciencia, enseñaron a las pequeñas esferas cómo lavar y pulir sus contornos para tornarse nuevamente transparentes a la Luz, a los Colores del Sol-Rey.

Y ellas aprendieron.

Cuando estaban totalmente transformadas, hasta que las pequeñas ranuras de sus contornos estuviesen vacíos de miedo y oscuridad, he aquí que, súbitamente, en un instante, en un relámpago, ellas comenzaron a subir, livianas, muy leves, luminosas, irradianes de Luz, iridiscentes de colores, bañados en una sinfonía de Música Real, plena de gozo y alegría, ¡irradiando la felicidad de un reencuentro feliz!